

brillantísimas acciones en que resplandeció su talento tanto como su valor. Elevado al grado de general, justificó bien pronto lo merecido de su ascenso, ya llenando las funciones de jefe de estado mayor, ya cooperando al frente de su división á los gloriosos esfuerzos de los franceses en Italia. Ayudante del mariscal Massena en la célebre campaña de Génova, viósele contener con un puñado de hombres sin viveres ni vestuario las numerosas tropas austriacas que amenazaban invadir el mediodía francés, y al proteger, como lo hizo, las fronteras de su patria, supo al mismo tiempo, distraiendo oportunamente la atención del enemigo, preparar el paso de los Alpes, la victoria de Marengo y la rápida segunda conquista á que fué sometida la Italia. Digno era, pues, y muy digno de que Napoleon le confiase el cargo que ahora le daba. Escelente administrador no menos que general consumado, era el hombre mas á propósito para mantener el orden y la disciplina en su reducido ejército. Los soldados le amaban con delirio por sus paternales cuidados, y á ser el Aragon menos fiero, hubiera corrido peligro de ser seducido por él, segun era afectuoso en sus maneras, y segun sabia á su tiempo desplegar un carácter suave y en extremo conciliador.

Nosotros le opusimos un caudillo no indigno de medirse con él; pero militar desgraciado, no obstante su reconocida pericia. Hablamos del general D. Joaquin Blake, que mandado por la Central á Cataluña á las órdenes de Reding, y capitaneando en Tortosa por disposicion de este la division del marqués de Lazan, recibió á mediados de abril orden de pasar á Aragon, á fin de organizar y mandar un segundo ejército de la derecha nominado de Aragon y Valencia, el cual debia componerse de la dicha division de Lazan y de las tropas que enviase Valencia, todo por disposicion del gobierno, que en esta parte fué muy previsor. Por desgracia la Junta de Valencia estaba entregada á rencillas y al mas lamentable abandono, y con ella el capitán general conde de la Conquista, y con él su segundo cabo don José Caro, vuelto allá desde Cuenca con una division en diciembre de 1808, y ocupado ahora en reemplazar al de la Conquista, como lo consiguió tras un trimestre de enredos y maquinaciones. La causa nacional ganó poco con la caída de su antecesor, hombre del todo nulo para el bien y para cooperar como debia á nuestros heroicos esfuerzos. Las rencillas siguieron adelante, y á pesar del desembarazo en que se hallaba aquel reino, completamente libre de enemigos, y dándose la mano con Murcia, exenta del yugo tambien, ni las autoridades ni la junta desplegaron el celo que la patria tenia derecho á exigirles, cooperando con todos sus medios á aumentar las fuerzas de Blake. Hubo este, pues, de contentarse con 8 batallones tan solo que se le enviaron de allí, y á las órdenes de don Pedro Roca estaban apostados en Morella. Con ellos y con la division de Lazan, compuesta de 4 á 5,000 hombres, comenzó á formarse el ejército dicho de Aragon y Valencia, dedicándose el caudillo á instruir sus soldados con celo digno de elogio, y limitándose, mientras no pudiera hacer otro, á establecer dos líneas de comunicacion, una á la parte del rio Algas y otra del lado de Morella. Añadido despues á su mando el de Cataluña, merced al desgraciado suceso de que luego daremos noticia, y teniendo noticia de que las fuerzas francesas destinadas á obrar en el territorio aragones estaban reducidas al tercer cuerpo, trató de mover sus soldados antes de lo que se habia propuesto, decidiéndole á ello tambien las nuevas que le llegaron respecto á la insurreccion que empezaba á levantar la cabeza contra los franceses en varias poblaciones de aquel reino.

El momento de verificarlo era á la verdad oportuno, pues ni de Cataluña ni de Navarra podian recibir los imperiales refuerzos de consideracion. Era á los principios de mayo, é irritada la villa de Albelda con las contribuciones que el general Habert acababa de imponerle, negóse abiertamente á pagarlas. El atrevimiento era grande, rayando en temeridad provocar de aquel modo la ira del caudillo francés. Envió este, pues, la gente necesaria para dominar aquel pueblo y castigarle con severidad; pero protegidos los habitantes por 700 hombres destacados de Lérida á las órdenes de Perena y Bajet, ahuyentaron al enemigo, causándole bastante pérdida en Tamarite. Los fugitivos se encaminaron en su mayor parte á Barbastro,

residencia del general Habert, quedando en Monzon seis compañías pertenecientes á la brigada de este, las cuales tuvieron que retirarse al insurreccionarse los habitantes de la última poblacion, siendo impotentes todos sus esfuerzos para ocupar la nuevamente. Habia entonces crecido el Cinca de un modo extraordinario, y no pudiendo vadearlo las seis compañías de que hablamos, cayeron últimamente en poder de los nuestros, capitaneados por dichos Perena y Bajet. Con esto adquirió nuevo vuelo la insurreccion por aquella parte, y Blake aceleró su movimiento internándose en Aragon. La toma de Alcañiz el día 18 de mayo, ahuyentando de su recinto al general francés Leval, fué el primer fruto de su expedicion, empezada con los mas favorables auspicios.

El desastre acaecido á los imperiales en las orillas del Cinca puso de mal humor á Suchet, harto escaso de fuerzas en verdad para mirar con indiferencia la pérdida de 600 hombres. Con esto y con la entrada de Blake en Alcañiz podia de un momento á otro verse comprometido si la insurreccion progresaba, y deseoso de evitarlo, reunió las tropas que pudo, y dejando en Zaragoza muy poca gente, salió con la mayor parte de su segunda division á reforzar la primera que mandaba Leval, retirado á las alturas de Hijar. Unidas la una y la otra componian 3,000 hombres, 600 de ellos de caballería. Puesto Suchet al frente de las dos, tomó la direccion de Alcañiz, resuelto á acometer á Blake, cuya fuerza de infantes era igual y menos brillante la caballería. Mandaba la derecha de los nuestros D. Juan Cárlos de Areizaga, la izquierda D. Pedro Roca y el centro el mismo Blake, y estaban todos situados delante del rio Guadalupe, á corta distancia de Alcañiz. Presentáronse los franceses el 25 por la mañana, y á su vista se replegó nuestra vanguardia dirigida por D. Pedro Tejada. Trabado en breve el combate, pusieron los franceses todo su conato en tomar la ermita de Fornoles, en la derecha de los nuestros; pero en vano arremetieron por dos puntos diferentes el cerro en que se halla situada. Vista nuestra resistencia, hizo avanzar Suchet una columna de 900 granaderos para tomar aquella posicion; pero fué vanamente tambien, porque Areizaga y los suyos rechazaron todas las embestidas con indecible arrojo y serenidad. Mas afortunados en otros puntos, consiguieron los franceses por de pronto notable ventaja sobre nuestro centro é izquierda, llegando al pié de nuestras baterías; pero roto en aquella sazon un vivísimo y acertado fuego de fusilería y metralla, tuvieron que volver el pié atras, declarándose en derrota completa. Perdimos nosotros en la accion 500 hombres escasos. La pérdida de los franceses ascendió á 800, y aun hubiera sido mayor á haber sido posible insistir en la persecucion comenzada; pero nuestra caballería no habia dado muestras de mucha firmeza en la accion, y Blake confió poco en ella. La retirada de los franceses fué toda confusion y desórden, siendo tal su pavor por la noche, que cundiendo por sus filas la voz de que venian los españoles, echaron á correr desbandados, llegando en esta disposicion á Samper de Calandas. Recobrados allí del susto, tomó Suchet con ellos la vuelta de Zaragoza, restituyéndose á su recinto el día 7 de junio.

La situacion del general enemigo era entonces verdaderamente apurada, pues prescindiendo de las tropas de Blake, llamábale tambien la atencion los valientes Gayan y Perena, situado aquel á las orillas del Jalon con un cuerpo franco de 400 hombres, y acampado este por el lado de Monzon é izquierda del Ebro á las inmediaciones del puente de Gállego. Otra accion como la de Alcañiz bastaba para que los españoles reconquistasen á Zaragoza y para que Aragon quedase libre. Suchet tomó las disposiciones que su apuro le aconsejaba á fin de impedir tal desastre, y despues de restablecer en los suyos la disciplina que se habia relajado, adoptó toda clase de medidas para no ser sorprendido en Zaragoza. Supo en esto que Blake avanzaba, y en vez de esperarle en la capital resolvió dejarla cubierta, adelantándose á recibirle. Sus temores de perder una accion que iba á ser decisiva para él, eran, bien mirado, muy justos; pero el destino habia decretado volver contra nosotros la rueda de la fortuna, atajando de un modo el mas triste la marcha victoriosa de Blake.

Engrosadas las tropas de este con otras que se le habian reunido de varias partes, ascendian al aproximarse á Zaragoza á mas de 17,000 hombres. Una division de estos, mandada por Areizaga, y compuesta de 5,000 combatientes, apoderóse de un convoy en las cercanías de Botorrita, viéndose no poco comprometido el general Fabre, cuyas comunicaciones con Zaragoza habian quedado cortadas, teniendo que retirarse á Plasencia de Jalon. Vanamente intentó restablecerlas la segunda division de Suchet, pues ni consiguió su objeto, ni pudo lanzar á Areizaga del puesto que ocupaba en Botorrita. Siguió este, pues, en dicho punto obligando al francés á replegarse, y Blake con sus 12,000 hombres tomó posicion en María, á dos leguas y media de Zaragoza. Era entonces el 15 de junio, y Suchet resolvió acometerle á las dos de la tarde, poniendo en movimiento otros 12,000 hombres, á los cuales acababan de unirse dos regimientos de refuerzo recién venidos de Tudela. Mantuviéronse firmes nuestros infantes durante algun tiempo, sostenidos por Blake, y por Lazan y Roca; pero flaqueó la caballería, menos numerosa y brillante que la del enemigo. Aun con eso siguió la infantería haciendo frente á los contrarios; pero al fin comenzaron á cejar algunos batallones, y apoderándose el desaliento de todo el ejército, echaron á correr los soldados, abandonando con precipitacion las lomas que ocupaban. Habia durante la batalla desprendiéndose una copiosa lluvia, que casi obligó á los combatientes á suspender la accion. Lleno de lodazales el terreno, quedó atascada allí la mayor parte de nuestra artillería, perdiéndose 15 cañones que cayeron en poder del francés, junto con tres banderas y 5 á 400 prisioneros, entre ellos el general Odonojú, que mandaba la caballería, y el coronel Menchaca. Los muertos ascendieron á 1,000. El éxito de aquel combate fué tanto mas triste para los españoles, cuanto á haber entrado en accion los 5,000 hombres que con Areizaga habian quedado en Botorrita, hubiera tal vez sido el triunfo para las armas españolas.

El combate de María acababa de asegurar á los franceses la posesion de Zaragoza; mas no por eso se durmió Suchet. Conociendo lo necesario que le era aprovechar con la celeridad posible las ventajas de aquel acontecimiento, espulsando de Aragon la totalidad de las fuerzas de nuestro ejército, que no obstante reciente derrota, le era todavía temible, envió el general enemigo á su subordinado Leval en persecucion de Blake, que unido á Areizaga en Botorrita, continuaba allí imprudentemente, deseoso de reunir en dicho punto la gente que se le habia desbandado. Avisado con oportunidad de la aproximacion de los contrarios, pudo salvarse de una nueva catástrofe retirándose hácia Belchite, aunque no sin perder 40 oficiales y cerca de 500 soldados del regimiento de cazadores de Murcia, que fueron hechos prisioneros durante la marcha. El desaliento que se habia apoderado de nuestras tropas, y la reanimacion del enemigo con su reciente triunfo, debian influir al parecer en que Blake desconfiase de tentar nuevamente la suerte de las armas, siendo mas que probable otra derrota si tanto se atrevia á aventurar. Él se aventuró, sin embargo, y Suchet quedó sorprendido cuando el dia 18 de junio, tres dias despues de su descalabro en María, vió su gente formada en batalla delante de Belchite. Nuestras posiciones no eran malas; pero hacíalo todo inútil la mal escogida ocasion en que iba á librarse el combate. La derecha de la línea española estaba en una altura ó colina, llamada el Calvario, defendida por un foso y protegida por la villa que tiene su cerca y sus puertas: el centro en Santa Bárbara, punto ya de la misma poblacion, y la izquierda prolongada por varios sitios hasta la ermita de la vírgen del Pueyo. Suchet desplegó sus tropas en la llanura que está delante de Belchite, haciendo avanzar un batallon de infantería ligera hácia nuestro centro, mientras el general Habert se dirigia en columna cerrada á las alturas de nuestra derecha, y Musnier marchaba en columna por batallon sobre nuestra izquierda. Estos tres movimientos del enemigo fueron ejecutados con la mayor precision, acometiendo con impetuosidad. Los nuestros estaban serenos; pero cayendo una granada enemiga en uno de nuestros cajones, voló este con horrible estrépito, espantando mas de lo justo á un escuadron de caballería, que desordenado y confuso trasmis-

tió su terror á todas las filas, las cuales quedaron en cuadro, echando á correr los soldados en todas direcciones. En vano Blake, Lazan y Roca, quietos y firmes en su posicion, se esforzaron durante algun tiempo en dar ejemplo de serenidad á aquella muchedumbre desbandada, porque nadie pensaba en otra cosa que en salvarse de la persecucion, arrojando los soldados sus fusiles á fin de correr mas aprisa. El resultado de este nuevo combate fué matarnos el enemigo 500 hombres por la parte mas corta, cojiéndonos 4,000 prisioneros, nueve cañones, una bandera, veinte y tres cajones, varios carros y gran cantidad de fusiles.

Los franceses aquel mismo dia entraron victoriosos en Alcañiz. Los nuestros se dirijieron á diversos puntos, restituyéndose Lazan á Tortosa con su division, mientras la de Valencia tomaba la via de Morella y S. Mateo. Los demas, careciendo de punto de reunion, repartiéronse por las montañas, pasando de soldados que eran ó querian ser, á convertirse con mayor provecho del pais, en temibles y osados guerrilleros. Porque tal era siempre el resultado de vencimientos como el que nos ocupa. Los españoles (dicen los franceses) vencidos siempre y nunca sometidos, animados de ese valor que nada es capaz de abatir, por ser el amor de la patria el motor que le pone en juego, opusieron á los franceses en toda la Peninsula, y sobre todo en Aragon y Cataluña, la misma resistencia que sus fieros antepasados habian opuesto en otro tiempo á los cartagineses y á los romanos, á los godos y á los árabes, á Carlo-Magno y á Luis XIV.

Suchet dejó en Alcañiz al general Musnier, y enviando una columna hácia Tortosa y otra en direccion de Morella, dejó á Habert observando el Cinca, restituyéndose él á Zaragoza, despues de recobrar á Monzon. Allí se dedicó á preparar los medios que necesitaba para las operaciones subsiguientes. Mejorando ante todo la organizacion de su ejército, procuró al mismo tiempo esplotar los recursos del pais, creando almacenes de viveres, sin olvidar los de municiones, vestuario y equipo y los de armas de todo género. Atento al desempeño de estos importantes cuidados, dispuso sus soldados en términos de poder tener siempre espeditas sus comunicaciones con Francia, destinando tambien varias columnas á la persecucion de las partidas, que no obstante nuestras recientes derrotas, le molestaban por todas partes. Malos fueron seguramente los ratos que estas le dieron; pero antes de informar al lector del nuevo sesgo que allí empezó á tomar la guerra, volveremos la vista á Cataluña, en cuyos gloriosos esfuerzos para sacudir el yugo es preciso volver á ocuparnos.

Dejamos aquella provincia ocupada en la reorganizacion de su ejército despues de la derrota de diciembre de 1808, sufrida en Molins de Rey, y elojiamos al hablar de este asunto la prudente determinacion de Reding en no aventurarse á batallas de éxito las mas veces dudoso, determinacion que por desgracia no supo aquel general llevar mucho tiempo adelante. El ejército francés de Cataluña, á las órdenes de Gouvion Saint-Cyr, estaba por aquellos dias acantonado entre Tarragona y Barcelona, y bien pronto quedaron agotados para él los recursos que ofrecia el pais. Su escasez fué completa desde últimos de enero de 1809, siéndole preciso para hallar subsistencias esparcirse por los distritos montañosos al nordeste del litoral de Cataluña entre las dos ciudades espresadas, costándole cada una de estas escursiones pérdidas considerables. Reding habia distribuido su gente en términos de poder constantemente fatigar á los forrajeadores enemigos, disponiendo ademas destacamentos en todos los desfiladeros á fin de multiplicar los obstáculos. Con esto conseguia á la vez desalentar á sus adversarios y reanimar la confianza de sus tropas. Convencido de que la penuria de los franceses llegaba al último estremo, hizo que un regimiento suizo se acampase en el Coll de Sta. Cristina, proponiéndose con esto cerrarles los pasos que conducen á las llanuras de Valls y al campo de Tarragona, tan abundante en recursos. Las tropas francesas estaban con este motivo en continuos choques con este destacamento, llevando con frecuencia lo peor, si bien hubo ocasiones en que salieron airoosas. Mas ni aun con esos contadísimos triunfos conseguian ventajas reales, ni podia compararse su éxito con los de nuestras armas, pues para

un Longot, v. gr., que en el camino de Tarragona nos hiciera 50 suizos prisioneros y derrotase un escuadron español persiguiéndole hasta los muros de esta plaza, habia un marqués de Lazan que supiera volverles las tornas en Castellon de Ampurias, apoderándose de los almacenes que los franceses tenian allí, como lo consiguió el 1.º de enero, resistiendo al dia siguiente el ataque de 3,000 imperiales con 150 caballos y 6 piezas de artilleria, obligando al enemigo á encerrarse en la plaza de Figueras.

Reducido Saint-Cyr poco menos que á la desesperacion por la falta absoluta de viveres, puso en movimiento sus tropas en la segunda quincena de febrero, á fin de ocupar el territorio comprendido entre el Gaya y el Francolí. Reding contaba entonces 25,000 de tropas regladas, y determinado á amenazar al enemigo, habia enviado á Igualada una buena porcion de sus tropas. Dirijióse Saint-Cyr con las suyas á esta poblacion el dia 15 de febrero, consiguiendo apoderarse de ella despues de tres dias de obstinados y sangrientos choques, cuyo último resultado fué quedar los nuestros batidos y divididos, y obligados á dirigirse hácia Tarragona. La division del general francés Souham, que marchaba por el Coll de Santa Cristina, halló esta posicion evacuada por los suizos que la defendian, temerosos sin duda de ser envueltos por la division italiana comandada por Pino. Este general por su parte desplegó durante su marcha reiterados é inútiles esfuerzos para apoderarse del monasterio de San Creuss, defendido por el paisanage insurreccionado, en número de 800 hombres, sin consentir proposicion ninguna relativa á capitulacion. Saint-Cyr quedó admirado cuando vió que le era dado llegar á las márgenes del Francolí sin experimentar resistencia. Situado allí, dejó en Plá la division italiana, y la francesa en Valls, pequeña poblacion á la orilla izquierda de dicho rio, proponiéndose por objeto observar la entrada de los desfiladeros de Montblanch. El total de las fuerzas que tenia á sus órdenes, aunque desparramadas todavia, ascendia á 18,000 hombres.

Reding habia salido de Tarragona con una division en auxilio de las tropas batidas en Igualada, consiguiendo despues de algunos dias reunir las en las inmediaciones de Montblanch, tras lo cual forzó el Coll de Riva, donde estaba de observacion la division de Souham. Su plan era atrevido y digno de él, y se reducía á destruir esta division, y apoderándose luego de Valls, caer sin perder tiempo sobre la division italiana que venia por el Coll de Santa Cristina, renovando de este modo los lauros que con tanta gloria y denuedo habia cojido en Bailen. Las circunstancias desgraciadamente no eran ahora iguales ni aun análogas á las de aquella sublime jornada, y Reding se dejó arrebatar de un ardor mas loable que juicioso. Otro nuevo Bailen vino á ser Valls, aunque en pequeño, digámoslo asi, mas no para las armas españolas, sino para las falanges francesas.

Era el dia 25 de febrero, y la gente escojida por Reding, compuesta de 10,000 hombres, apareció desde la madrugada formada en batalla á la orilla derecha del Francolí, en posicion bastante ventajosa. Apoyábase nuestra izquierda en las montañas de Alcover, coronadas por numerosas cuadrillas de migueletes, mientras el centro y la derecha, estendida hasta cerca de Villalonga, estaban protegidas por la escarpadura del rio, cuyo curso por aquella parte está aprisionado entre rocas abiertas á pico. El ataque comenzó con un fuego de los mas sostenidos sobre el flanco derecho de la division francesa. Reding, á quien le constaba no tener delante de sí mas que esa sola division, hizo pasar el Francolí á sus mejores tropas, trabándose bien pronto un combate de los mas encarnizados entre los suizos del ejército español y los regimientos franceses 1.º ligero y 42 de línea, los cuales, lo mismo que nuestros soldados, desplegaron como por apuesta los esfuerzos mas inauditos de serenidad y valor, cayendo gravemente herido en una de las acometidas el coronel francés Delort. Seis horas hacia que duraba aquella porfia tenaz, cuando la division italiana, conducida por el mismo Saint-Cyr, vino á tomar parte en la accion. Reducidos hasta entonces los franceses á la defensiva, tomaron la ofensiva á las dos de la tarde, sosteniéndose los nuestros algun tiempo con el mismo

teson con que antes habian acometido. En esto pasó el rio el primer regimiento francés de infantería ligera , quedando casi envuelta nuestra izquierda , mientras los cazadores italianos y los dragones de Napoleon amenazaban nuestra derecha. Nuestra línea al fin quedó rota, y el ejército empezó á desbandarse. Perseguialo



BATALLA DE VALLS.

el enemigo sin dar á nadie cuartel, y en aquel alcance terrible, Reding, que ya estaba herido , fuélo nuevamente de un sablazo que descargó sobre él un dragon francés llamado Bouzon. Tras esto le iba á hacer prisionero el teniente Bertinot, oficial de grandes esperanzas en el ejército enemigo , y ya estaba á punto de apresarle , cuando cayendo herido de un balazo , perdió á un tiempo la presa y la vida. Con esto pudo salvarse el caudillo español, pero sus heridas por una parte, y por otra su sentimiento al verse derrotado y vencido , acortaron en breve sus dias , haciéndole espirar en Tarragona el 23 de marzo siguiente. Lloróle el ejército español, siendo digna de lamento en verdad la pérdida de un general tan valiente y de tan altas prendas militares, cuyo corazon español, aunque él era suizo de origen , no habia cesado un momento de latir por su patria adoptiva.

Nuestra pérdida en aquella batalla consistió en 4,500 prisioneros y en casi doble número de muertos, con toda nuestra artillería y bagajes. El resto de nuestros soldados se salvó huyendo como fué posible , entrando con Reding muchos de ellos, siempre con el enemigo á la espalda , en los muros de Tarragona.

Conseguido su triunfo, hizo Saint-Cyr ocupar la villa de Reus, la segunda poblacion de Cataluña en poblacion, industria, comercio y riqueza ; pero desprovista entonces de granos , no ofrecia á las tropas francesas sino pecuniarios recursos. Detuviéronse estas allí un mes escaso, haciéndolas Saint-Cyr retirar, por no hallarse en aquella poblacion en comunicacion con la Francia , ni aun con el mismo Barcelona.

Antes de abandonar á Reus y Valls para volver á tomar nuevamente sus acantonamientos cerca de la capital del Principado, concluyó Saint-Cyr con Reding un convenio, por el cual se estipuló que los enfermos y heridos de ambas partes beligerantes quedasen confiados á la proteccion de las tropas que tomasen posesion del

pais, cuando fueran abandonados por los suyos por no permitirles su estado ser transportados de unos puntos á otros, cesando así de ser considerados como prisioneros de guerra. Este tratado, verdaderamente honroso y que tan altamente revelaba los sentimientos humanitarios de los gefes francés y español, fué observado religiosamente tanto por este como por aquel, hallándose uno y otro en el caso de aprovecharse mutuamente y con bastante frecuencia de una estipulacion tan generosa. Al llegar á Reus la division Souham, encontró en aquella poblacion un número considerable de enfermos y heridos españoles, y dió (dicen los autores franceses) el primero y dignísimo ejemplo de humanidad y moderacion, suavizando así el crudo azote y las calamidades de la guerra. ¡Lástima, añadimos nosotros, que los franceses de Cataluña negasen mas adelante al inmortal defensor de Gerona, al grande y magnánimo Alvarez, los efectos que debió prometerse de aquella generosa medida!

Las victorias del ejército imperial no producian al francés los frutos á que tan ansioso aspiraba. Los insurgentes españoles se habian aprovechado de la ausencia de Saint-Cyr para bloquear otra vez á Barcelona, llegando á situarse en el puente del Rey y en el Coll de Urdal, si bien fueron lanzados de allí por el general Urbin Dervaux. Algun tiempo despues de este acontecimiento, encargado este mismo general de hacer un reconocimiento cerca de Monserrat, dejöse llevar de su ardor en términos harto imprudentes, y escediéndose de sus instrucciones, lanzóse montaña arriba para apoderarse del monasterio, como en efecto lo consiguió, dejando sus soldados allí por espacio de dos dias. Disimularon los monges los proyectos que en su interior abrigaban, y finjiendo á los franceses una acogida benévola, concertáronse secretamente con los españoles, los cuales acudieron á ocupar los desfiladeros, á fin de cortar la retirada al destacamento enemigo. Dervaux se vió apuradísimo; pero al fin consiguió salvarse, merced á los esfuerzos inauditos que desplegó en tal aprieto, perdiendo muchísima gente al abrirse paso por entre las terribles partidas que disparaban á boca de jarro sobre su temeraria columna. Esta falta de disciplina fué castigada por Saint-Cyr condenando á aquel general á un mes de arresto en Monjuich, y publicando el castigo en la orden del dia del ejército francés. En la misma época fué cuando dicho Saint-Cyr recibió el auxilio de otro destacamento procedente de Zaragoza, despues de rendida esta plaza, compuesto de un regimiento de húsares y de dos batallones al mando del coronel Briche. La marcha de este fué constantemente por entre montañas y riscos desde Fraga hasta Valls, necesitando todo su valor y toda su serenidad para defenderse de los somatenes que sin cesar le acometian. Así era como los franceses no podian contar ni un momento con seguridad de ninguna especie en el territorio invadido. La batalla de Valls les fué inútil: desorganizado nuestro ejército por algunos dias, no por eso hubo desmayo en aquellos hombres de hierro, honra de la constancia catalana, de la perseverancia inaudita con que allí se hacia la guerra.

Á principios del mes de abril ocupaba el ejército francés á Sabadell y Tarrasa, en las inmediaciones de Barcelona, trasladándose luego á Vich, no sin tropezar á cada paso con las consabidas guerrillas. Dicha poblacion, situada en un fértil valle y cercada de montes por todos lados, contenia en su recinto como unas 12,000 almas; pero al aproximarse los franceses quedó totalmente desierta, habiéndose fugado los habitantes con la sola escepcion del obispo, uno de sus vicarios, seis ancianos y unos cuantos enfermos. Era el obispo, segun dicen los franceses, uno de esos hombres respetables que mas honran su ministerio, el cual unia á la moderacion de sentimientos, á la solidez de instruccion y á la pureza de costumbres, el mas ardiente patriotismo. Recibió á los franceses y á sus gefes con muestras de consideracion; pero firmemente adherido á la causa de su pais, no disimuló sus deseos de ver triunfar las armas españolas, ni se desmintió un solo instante la alta consideracion que sus cualidades y virtudes inspiraban á los generales franceses. Cuando el ejército de esta nacion se vió obligado mas tarde á dejar abandonados en Vich sus enfermos y heridos, contuvo este digno prelado el furor de algunos

fanáticos que en el primer acceso de su cólera querian degollarlos sin piedad. El obispo cubrió con su cuerpo á aquellos infelices, habiendo tenido antes la precaucion de reunirlos en una sala de su palacio, así para responder de su seguridad personal, como para hacerlos cuidar ante sus mismos ojos con todo el esmero que exigen la humanidad y la religion. Un reconocimiento el mas vivo (concluyen los dichos autores) y un sentimiento de profunda veneracion, nos constituyen en el deber de consignar este hecho, rindiendo el debido homenaje á uno de los mas virtuosos ministros de la religion cristiana (1).

A los dos meses de permanecer en Vich el ejército francés, habianse agotado por este todos los recursos de su fértil comarca. Los caballos se habian alimentado de los trigos no granados aun, y aquella poblacion espatriada estaba condenada á su vuelta á presenciar un cruel espectáculo, viéndose amenazada de todos los horrores del hambre como premio de su patriotismo; pero los catalanes soportaban sus males con admirable resignacion, creyéndolos mas que recompensados si conseguian mantener ilesos su honor y su gloria, sus derechos y su independencia. Tanto en Vich como en los demas acantonamientos ocupados por el ejército enemigo, viase este obligado por la escasez á esparcirse á algunas distancias. Las subsistencias que podian adquirir en estas incursiones penosas eran siempre á costa de sangre, no pudiéndolas nunca obtener sin obstinados combates, los cuales, reiterados como eran, debilitaban insensiblemente los batallones de nuestros adversarios, aun cuando estos nos volviesen las tornas, causándonos tambien bastantes pérdidas. Para dar una idea aproximada de la índole de aquella guerra en la época á que nos referimos, baste decir que desde noviembre de 1808 no habia podido el estado mayor de los franceses enviar ni recibir un solo correo, ni Saint-Cyr dar noticia de su persona sino por medio de una débil barca que en medio de los mayores peligros atravesaba como le era posible los cruceros ingleses y españoles, siendo tales tambien los obstáculos que experimentaba por tierra, que para asegurar la vuelta de un ayudante de campo portador de las primeras noticias oficiales al príncipe mayor general Berthier, le fué preciso al general francés enviar al encuentro de dicho oficial no menos que 3,000 hombres hasta las fronteras de Francia, siendo, tanto á la ida como á la vuelta, atacado este destacamento ininidad de veces, y siempre con muchísima pérdida. ¡Rara bravura, dicen los autores pertenecientes á la nacion vecina, la de aquellos soldados del imperio, que sin poder hacer menos amargos sus últimos instantes con las nuevas consoladoras de sus familias, batianse no obstante con tanto mas ardor, cuanto mas se gozaban, haciéndolo con la vivísima satisfaccion de probar su adhesion á su patria, á aquella patria de que estaban privados habia mas de seis meses! ¡Rara tenacidad, decimos nosotros, la de aquellos heroicos españoles que á pesar de tener contra si todas las condiciones que deciden la absoluta sumision de otros pueblos al capricho de sus dominadores, desafiaban, por decirlo así, hasta las mismas leyes del destino, desconcertando sin cesar los planes que con tantas probabilidades de éxito ponian sus contrarios en juego para acabar con su independencia!

Antes de salir de Barcelona el general francés para dirigirse á Vich, habia procurado asegurarse de la quietud de aquella capital, en cuyo recinto temia estallase de un dia á otro alguna sublevacion. Sus temores no eran infundados, pues habia españoles allí decididos á alzar el grito en el momento que se les presentase ocasion oportuna, poniéndose mientras tanto de acuerdo con los españoles de afuera para el caso en que estos pudiesen intentar algun golpe de mano, como parecia probable, segun se estrechaba á las veces el bloqueo de aquella poblacion. El general Duhesme, que seguia mandando en esta, no se habia descuidado en tomar medidas oportunas para evitar que los conspiradores se saliesen al fin con la su-

(1) *Victoires, Conquêtes, etc.*, tomo XIX, página 329.